

Desde Noruega

.....
Esperanza Díaz

Médica.

Querido padre:

Me pides que te escriba de vez en cuando sobre la vida en el primerísimo mundo, sus luces y sus sombras. Sin saber muy bien qué es lo que yo puedo aportar a otros desde esta corresponsalía, así lo haré. Y será, seguramente, visto a través de las gafas que llevo puestas desde los seis años. Tú sabes bien que son gruesas y, aunque a mí me sirven y me parece verlo todo tal y como es, seguramente la mayoría de las personas opinarían que sólo entorpecen la percepción de la realidad. Pero así es siempre, al fin y al cabo.

Me gustaría en esta ocasión escribir acerca del estado de bienestar, que, como sabes, ha alcanzado su cima en Noruega, país más rico del mundo según las últimas encuestas. Tanta abundancia ha acostumbrado a los ciudadanos a esperar el mejor de los cuidados de «papá-estado»: si estoy enfermo, pondrá a mi disposición todos los medios para mi curación; si no tengo trabajo me formará mientras me da lo suficiente para vivir dignamente; si me hago viejo, me colocará en la mejor residencia; si mi trabajo es pesado y no me gusta, intentará buscarme otro... Todo regalado durante los últimos 20 años sin más obligación que la de ser noruego. Los derechos por los que otros países del mundo luchan y aún los que ni sueñan se han vuelto evidentes y necesarios.

Así las cosas, apareció hace unos días en el periódico y en la radio un curioso anuncio de puestos de trabajo vacantes como político del partido más «de izquierdas» de Noruega (excluidos los comunistas que son unas decenas). Se necesitan políticos para los ayuntamientos porque no hay afi-

liados ni interesados en la cosa pública. El estado de bienestar no sólo se ha hecho evidente, sino que es independiente de los beneficiarios y autónomo, no necesita que los habitantes se preocupen de él. Los derechos son, los deberes se han evaporado hacia la nada. La consecuencia es que no hay quien quiera esos empleos, por otro lado no mal retribuidos. ¿Por qué pasa esto ahora?

La gota que ha colmado el vaso ha sido el intento de recorte presupuestario de la coalición del gobierno. No es posible ni mantenible esta situación de riqueza si a la vez se han de recortar los impuestos a los más pudientes. Los sueldos de los trabajadores son tan altos que las empresas cierran por falta de competitividad con el extranjero. 2.000 obreros al mes pierden su trabajo en la actualidad en este país. Los colegios que antes funcionaban con todos los medios deseables para 20 ó 30 niños en las áreas rurales se tienen que cerrar y los niños deberán viajar diariamente 20 ó 30 km a la escuela más cercana. Se cierran centros de disminuidos físicos y psíquicos por falta de personal cualificado, que está en su casa recibiendo dinero por no llevar a sus propios hijos a las guarderías, que también son bien escaso ya que en los 80 se apostó porque los niños estuviesen con su madre hasta los tres años...

Sin ser todo tan caótico, porque muchas cosas funcionan infinitamente mejor que en el resto del mundo, el hecho es que la tarea que se les presenta a los políticos es la de tomar decisiones como las arriba comentadas porque la gallina de los huevos de oro no produce tanto como se pensó. Por eso nadie quiere ser político: lo que hay que hacer no es popular. Una excepción la encontramos en el partido de ultraderecha, que según los últi-



mos sondeos tendría hoy el 33% de los votos. Nada de restricciones, dicen ellos, usemos el dinero del petróleo (que en Noruega hasta ahora se ha invertido en vez de usarse) y cortemos la ayuda a los países empobrecidos (la propuesta del gobierno es aumentar el 0,9% actual a casi el 1% del PIB, la derecha quiere disminuir). Así podremos seguir, al menos unos años, con el mismo tren de vida que hasta ahora.

Lo más curioso, a mis ojos, es que esta situación no parece importar a la mayoría de los noruegos. Pareciera que los unos se sienten suficientemente seguros y los otros simplemente no les cabe en la cabeza que pueda cambiar el status quo. La solución, si hacemos caso a los sondeos, será la ultraderecha, como en otros países de la Europa del Norte. Mataremos la gallina para tener un succulento banquete. El problema se lo dejaremos a los que no entran en el banquete hoy y a los que serán adultos dentro de unas décadas. Pero a éstos aún no los vemos o no los miramos. Eso, si nadie se decide a tomar hoy las impopulares medidas que suponen usar los recursos de una manera globalmente sensata.